

Romanones cuenta su entrevista con Primo de Rivera



El General Primo de Rivera, el Conde de Romanones y el de los Andes, conversando en la fiesta celebrada con motivo de la boda de la señorita Pérez Caballero.

escoger para concluirlo una ocasión tan ostentosa? ¿No se comprende que si deseáramos hablar a solas, podríamos hacerlo muy fácilmente, con todo sigilo, sin que se enterara nadie, absolutamente nadie?... ¿Qué dificultad habría?...

Pues ¡nada!: ¡todo el mundo pasmado de vernos juntos!... Mientras hablabamos, todos los invitados estaban vueltos hacia nosotros, siguiendo nuestros ademanes, nuestras actitudes, nuestros gestos... Fuimos el gran espectáculo de la boda... Casi anulamos a los novios... Parecía que los desposados éramos nosotros...

—Y no lo eran..., apunto yo.

El Conde, serio, casi solemne, repite, recalando mucho las palabras:

—Y no lo éramos... Puede usted

asegurarle: y no lo éramos...

—Pero esas declaraciones de mutuo respeto personal que han hecho Primo de Rivera y usted, ¿no podrían, tal vez, facilitar el camino de una colaboración...?

Romanones me interrumpe vivamente, agitando las manos:

—¡No!... ¡No!... Yo guardo todas las consideraciones personales que se merece al Marqués de Estella, igual que él me las guarda a mí; pero nada más... El—como acaba de declarar—sigue sin sentir simpatía por mi ideario político, y yo tampoco experimento la menor inclinación hacia el suyo.

V. S. =O.

(Fotos Marín y Benítez Casaux.)

EL Conde de Romanones parece sorprendido por el revuelo que ha suscitado su encuentro con el General Primo de Rivera, el otro día, en una boda.

—Pero, ¿por qué ha chocado tanto que tomemos juntos café en un salón Primo de Rivera y yo?—me dice sonriendo—. ¡Qué ganas de sacar las cosas de quicio!... ¿Qué tiene de particular que dos personas, aunque sean radicalmente opuestas en política, en sociedad se traten con cortesía? Hace un siglo, sí; hace un siglo, cuando blancos y negros se odiaban y se perseguían a muerte, hubiera sido sorprendente que dos hombres tan alejados como Primo de Rivera y yo se guardaran consideraciones personales, pero lo mismo el General que yo nos hemos formado en otro ambiente... Cuando empecé a actuar en la vida pública, Sagasta y Cánovas, por ejemplo, los jefes de los dos grandes partidos adversarios, eran excelentes amigos personales...

El Conde hace una pausa:

—Nadie—dice, dejando de sonreír—nadie ha sido perseguido más duramente que yo por el General Primo de Rivera... Pero he pensado siempre que obraba así, porque así se lo dictaba su conciencia, sin mala fe y sin encono personal, y nunca he sentido tampoco rencor personal contra él. Por eso ¿qué inconveniente iba a tener en coincidir con él en una boda?... Verá usted lo que pasó... Pérez Caballero, que es, además de un leal amigo político mío, un fraternal camarada de estudios, en Bolonia, me dijo una mañana este verano, en la playa de Ondarreta: «Mi hija se va a casar con el Marqués de Encinares y yo querría que tú fueras testigo suyo.» «Encantado», le respondí yo. Con que al día siguiente llega Pérez Caballero y me dice: «Oye; te advierto que de testigo de Encinares va a ir Primo...» «Encantado», repetí... Y esto es todo... Luego se ha celebrado la boda; el General y yo hemos firmado el acta; después nos hemos sentado a la mesa, el General ha estado a la derecha de S. A. la Infanta Doña Eulalia y yo a la izquierda, y por último, a la hora del café,

el Marqués de Estella me ha invitado amablemente: «Venga usted, tomaremos el café juntos», y juntos con el Conde de los Andes lo hemos tomado y hemos estado un rato, primero charlando de cosas sin importancia pública, y después hablando de esos asuntos que él ha indicado ya...

El Conde calla otra vez, me mira y se encoge de hombros:

—No sé... No me explico...—dice al cabo—. No me explico por qué una entrevista tan sencilla, en medio de un salón lleno de gente, frente a veinte máquinas fotográficas, ha provocado tanta curiosidad, y tantos comentarios y tantos murmullos... Es absurdo... Si el General Primo de Rivera y yo hubiéramos querido celebrar algún pacto misterioso, ¿íbamos a



El Conde de Romanones hablando con nuestro compañero Vicente Sánchez-Ocaña.